

Hans Ulrich Gumbrecht y la presencia como reacción a la ausencia historiográfica

Hans Ulrich Gumbrecht and presence as a reaction to the historiographical absence

Xavier Elorriaga Villalobos
Universidad Iberoamericana
México
ORCID: 0000-0002-5319-0472

Resumen

Hans Ulrich Gumbrecht es una de las principales figuras de la teoría de la historia contemporánea. Su obra se concentra en el problema de la escritura de la historia, de sus presupuestos teóricos y metafísicos, fundamentados en el problema de la narratividad y el discurso. El concepto central que Gumbrecht acuña es lo que llama *producción de presencia*. Esta operatividad historiográfica nace como una reacción ante la metafísica tradicional y de representación. Este artículo esboza parte de su teoría partiendo del problema de la ausencia en la historiografía, así como la propuesta no hermenéutica que se establece en su planteamiento presencial para así llegar a vislumbrar el futuro teórico de la historiografía.

Abstract

Hans Ulrich Gumbrecht is one of the main figures of the contemporary theory of history. His work focuses on the problem of historical writing, its theoretical and metaphysical framework founded on the problem of narrative and discourse. The principal concept that Gumbrecht elaborates is called *production of presence*. This historiographic operability is conceived as a reaction toward traditional and representational metaphysics. The aim of this article is to sketch out a general approach to his theory from the basis of an absence of historiography, as well as the non-hermeneutical approach in his presence perspective in order to glimpse the theoretical and philosophical future of historiography.

Palabras clave

Hans Ulrich Gumbrecht, historiografía, hermenéutica, ausencia, presencia, narrativa, filosofía de la historia, teoría de la historia.

Keywords

Hans Ulrich Gumbrecht, historiography, hermeneutics, absence, presence, narrative, philosophy of history, theory of history.

Fecha de recepción: febrero 2021

Fecha de aceptación: mayo 2021

Hans Ulrich Gumbrecht y las tareas historiográficas del presente

Poco conocidas, la historiografía y la teoría de la historia son saberes que necesitan ser revisados con mayor frecuencia. La forma y las implicaciones filosóficas que se derivan de la historiografía se relacionan directamente con los problemas de hoy. Es así que la historiografía se convierte en una filosofía de la escritura en cuanto piensa la manera en que la escritura cambia y se adapta según su soporte; cuestión que puede ser vista en continua diferencia desde las primeras grafías de la antigüedad hasta las nuevas grafías de nuestra aldea global.¹

La relevancia de un autor como Hans Ulrich Gumbrecht para el saber historiográfico actual radica en la posibilidad de pensar una nueva escritura. Desde los últimos años, la presencia de Gumbrecht ha influido en el quehacer historiográfico en México debido a las repetidas visitas a la Universidad Iberoamericana y a la Universidad Nacional Autónoma de México, realizadas en los años de 2006 y en 2012, en donde he tenido el gusto de conocerlo.

Gumbrecht nació en Würzburg, en la Alemania bávara, en 1948. Obtuvo su doctorado de la Universidad de Constanza en donde estudió romanística, filosofía y sociología. Desde 1989, es profesor de literatura comparada en la Universidad de Stanford. Sus temas, bastante amplios, comprenden la literatura medieval francesa, alemana, portuguesa, española e italiana; estética, historia de las ideas e historia académica. Como dato curioso, la comunidad universitaria amiga se refiere a él como “Sepp”.

En un artículo publicado por *Fractal*, Gumbrecht (2007) hace un ensayo autobiográfico (en general, la escritura de Gumbrecht tiende a marcar una fuerte presencia del yo, en un estilo que él mismo refiere como “narcisista”) en el que relata su fracaso personal con la tradición alemana de la hermenéutica, una tradición genealógica marcada, principalmente, por tres grandes autores: Edmund Husserl, Martin Heidegger y Hans-Georg Gadamer. Gumbrecht fue

¹ No obstante, habría que discutir, además, si una grafía establece una diferencia radical con respecto de otra; esto es, si afecta totalmente la identidad de una forma discursiva. Ello implica preguntarse si la escritura que se hacía en la antigüedad es fundamentalmente distinta a la que concebimos en la actualidad, lo que significaría que son identidades discontinuas.

discípulo del principal teórico de la escuela de la recepción de Constanza: Hans Robert Jauss.

Al principio, Gumbrecht fue un entusiasta de esta teoría estética, pero un experimento hecho por él resultó del desagrado de Jauss, quien le tachó de “a-dialéctico” y de no comprender los fundamentos de la hermenéutica literaria. Una segunda ocasión fue peor. Gumbrecht, al alcanzar una cátedra en la Universidad Ruhr de Bochum, escribió un ataque a la hermenéutica de Jauss:

La afirmación (desde luego “hermenéutica”) de que es posible reconstruir y mostrar en detalle cómo la literatura, mediante las reacciones de sus lectores y las consecuencias que éstos sacan de las lecturas, representa una fuerza mayor en la formación del proceso (desde luego “dialéctico”) de la historia. Mi ataque se basaba en un argumento de Max Weber sobre la imposibilidad de separar analíticamente los diferentes tipos de experiencias que convergen para formar las motivaciones de cualquier tipo de acción (Gumbrecht, 2007, p. 25)

Esta crítica sobre la hermenéutica le valió la expulsión definitiva del seminario de Jauss. Sin embargo, entre 1981 y 1989, Gumbrecht organizó varios seminarios en Dubrobnik, Yugoslavia, con el objetivo de buscar alternativas a la propuesta hermenéutica que buscaba aquellas expresiones que pudieran ser vistas de manera multilateral. El resultado de ellos fue el coloquio de 1985 titulado *Materialidades de la comunicación*. Con ello quería expresar todos aquellos fenómenos y condiciones que contribuyen a la definición de significado, sin ser significado ellos mismos (Gumbrecht, 2005, p. 21). Como todo autor, se allega a otros tanto más, pero debemos considerar entre ellos a Friederich Kittler, Paul Zumthor, Martin Heidegger, Jacques Derrida, Edmund Husserl, Louis Hjelmslev, Jean François Lyotard y Niklas Luhmann, de quienes los conceptos de comunicación, materialidad y presencia son puestos en relieve.

Así, como introducción a Gumbrecht, debe entenderse que su trabajo es una reacción a la hermenéutica y a la búsqueda de un principio material que sea independiente de la interpretación. Si en la modernidad “todo lo sólido se desvanece en el aire”, la reacción de Gumbrecht parecería más que “lo sólido aún puede permanecer”.

Breve esbozo de la narratividad histórica

¿En qué horizonte teórico podría insertarse la obra de Gumbrecht? Si ha de ubicarse a Gumbrecht en un contexto, este sería el de la perspectiva del giro lingüístico y el problema de la narrativa en la historiografía, agregando uno más: el diagnóstico de esta sobre la ausencia.

El problema de la intromisión del giro lingüístico tiene dos paralelos principales: el lado anglosajón, que va de una epistemología hasta sus consecuencias hermenéuticas, y el francés, que se conecta directamente con el panorama estructuralista.² También cabe señalar que dicha conversión del giro lingüístico, al principio, no se planteó desde la historiografía misma, sino desde el campo de estudio literario y filosófico-analítico. Este camino se propicia desde un inicio en el análisis de Carl Gustav Hempel (1942) sobre las pretensiones científicas de la historia en el binomio explicación-comprensión. Como respuesta, el filósofo Arthur C. Danto (1965) postuló que la historia estaba lejos de las pretensiones científicas totales debido a que en realidad trabajaba con enunciados narrativos a partir de acontecimientos. También es notorio el trabajo de Mink, Fay, Golob y Vann (1987) sobre considerar a la narrativa como instrumento cognitivo, y como postuladora de juicios y verdades. Esta tradición anglosajona se desarrolló sustancialmente en Estados Unidos y conformó una fuerte tradición analítica sobre el tema lógico y explicativo de la narración. Sin embargo, el autor más reconocido es Hayden White que además combina la tradición francesa estructuralista. Su *opus magnum*, *Metahistoria* (1985), cuya introducción versa sobre el carácter poético de la historia, suscitó cierta polémica sobre la relación de la historiografía y la literatura cuando se entrevió la naturaleza ficticia de la historiografía. Bajo este aspecto sería bueno recordar algo de la tradición lingüística francesa.

En el camino francés, la tradición lingüística se construye desde las notas sobre la lingüística de Ferdinand de Saussure, de 1911. De ello hay que recordar que los formalistas rusos emigraron a Estados Unidos y Francia.³ Aunque su influencia total se dio hasta la década de 1950 en el contexto de las universidades parisinas. Fueron figuras como las de Roland Barthes y Michel Foucault las que llevaron el problema lingüístico al campo histórico desde la temática del discurso, influenciados por el estudio de los enunciados de Émile Benveniste.

² Para ver con mayor detalle dicho recorrido lingüístico-narrativo y cómo afectó la historiografía, véase Vergara (2005).

³ Para una historia detallada del estructuralismo en Francia y su relación con la historia, véase la monumental obra de François Dosse (2004). Un buen ejemplo de estructuralismo es la publicación, en 1962, del estudio conjunto de Jakobson y Lévi-Strauss sobre el poema de los gatos de Charles Baudelaire, en donde la antropología y la lingüística descubren una relación: “En las obras poéticas, el lingüista distingue estructuras que muestran una analogía sorprendente con las que el análisis de los mitos revela al etnólogo. Este, por su lado, no podría ignorar que los mitos no consisten solamente en ajustes conceptuales: son también obras de arte que suscitan en quienes los escuchan (y en los mismos etnólogos, que los leen en transcripciones) profundas emociones estéticas. ¿No será que ambos problemas constituyen uno solo? (Jakobson y Lévi-Strauss, 1970, p. 11).

Los historiadores franceses, concentrados en la escuela francesa de Annales, tenían cierto desinterés por el giro lingüístico que inundaba a la academia francesa en aquel entonces (lo que no impidió que Fernand Braudel (2002) utilizara en su obra el mote de *estructura* y lo utilizara para explicar la larga duración). De cierta manera, Annales desarrolló una metodología basada en modelos sociológicos, geográficos y económicos que pasaron de una metodología serial a desarrollar paulatinamente la historia cultural desde que se mostraba como una de historia de las mentalidades. Personajes de la literatura y de la filosofía francesas, como Roland Barthes, Paul Veyne, Paul Ricœur y Michel Foucault fueron quienes efectuaron los estudios del efecto discursivo en la historia. Por un lado, Barthes, con su *Efecto de realidad* y su trabajo sobre Michelet, hace converger Historia y ficción, señalando el efecto realista propio de ella (Barthes, 2009). Foucault con *Las palabras y las cosas* (1984) y su trabajo histórico entrevé las relaciones entre discurso e historicidad. De ahí, Paul Veyne (1971) dedicará todo un estudio a la narrativa histórica analizando al mismo Foucault y revelará el relato histórico como una narración verídica. Por su lado, es monumental y central la tarea que Paul Ricœur dedica en *Tiempo y narración* (2004) a la relación entre historiografía y literatura. Según el mismo Luis Vergara, la tesis principal de Ricœur se concentra en lo siguiente: “Aún la historia escrita más alejada de la forma narrativa sigue ligada a la comprensión narrativa por un nexo de derivación indirecta al tiempo que entre una y otra produce un “corte epistemológico” (Vergara, 2005). Esto a grandes rasgos significa que por más que la historiografía quiera alejarse de la narrativa, siempre tendrá que configurarse en una prefiguración temporal o cronológica. A esto podríamos llamar *entramado*, es decir: la historia siempre trama de una manera u otra.

Ahora bien, después de la muerte de Braudel, con la tercera generación de Annales, la historiografía francesa fue acercándose, cada vez más, a la cuestión de la escritura de la historia, tanto como para que Jacques Le Goff y Pierre Nora (1985) dedicaran tiempo al problema con la recopilación de *Hacer la Historia*; fue curioso el renacimiento de la narrativa histórica, porque Braudel pregonaba un rechazo al acontecimiento y al relato. Así, lo que ocurrió es que la historia cultural emprendió un acercamiento a la cuestión de las representaciones y como buen ejemplo están los ensayos de historia literaria de Georges Duby (1988).

Es a partir de la década de 1970 que las corrientes anglosajona y francesa ya no parecen tan distantes y con el desarrollo, en las universidades de Estados Unidos, de la llamada *French theory* se da el asunto de la narrativa en la historiografía. No debe olvidarse que la filosofía narrativa de Paul Ricœur en los tres tomos de *Tiempo y narración*, donde convergen hermenéutica y estructuralismo, y en *Metahistoria*, se verá de lleno en el análisis poético y estructural que

ejerce White de los tramados, argumentaciones, ideologías y tropología de los filósofos de la historia e historiadores. Este sendero de caminos que se bifurcan encuentra su máxima expresión en la primera tesis narrativista de Ankersmit: “Las narraciones históricas son interpretaciones del pasado” (2004 p. 71).⁴ Con esta declaración puede señalarse el puente que existe entre hermenéutica y estructuralismo, lo cual lleva a plantear el problema de la ausencia en la historia.

La ausencia historiográfica

Antes de avanzar con Gumbrecht, es preciso esbozar una cuestión con la cual su obra es un tanto reaccionaria. Esta cuestión postula que dentro del carácter narrativista y hermenéutico de la historiografía subyace una ausencia, la del pasado. Este problema me parece clave para entender su recepción y la necesidad de su lectura, que podría considerarse como trascendental en tanto que el historiador, como sujeto cognoscente, tiene que mediar el conocimiento de su objeto de estudio que es el pasado. El historiador hace preguntas e investiga con el propósito de conocer qué sucedió realmente. El primer argumento se construye alrededor del análisis sobre la escritura de la historia de Michel de Certeau.

Michel de Certeau se inscribe en ese pensar sobre la escritura después de la obra de Foucault. Su camino inusual transita en el marco de la historia cultural; su obra multidisciplinaria pasa primero por la historia de las religiones, la cual revelará que en la historiografía existe un proceso de duelo con el objeto de estudio: el pasado. Para él, la historia es la escritura de los muertos y de la ausencia. Así lo expresa: “Es esta ausencia la que constituye el discurso histórico. La muerte del otro lo pone fuera de nuestro alcance y, por eso mismo, define el estatus de la historiografía, es decir, del texto” (De Certeau, 2002, p. 100). De cierta manera, el historiador con el lenguaje traduce la experiencia sublime de la muerte al yuxtaponer una diferencia entre los dos tiempos, ya que él siempre se enuncia desde su propio horizonte y le es imposible acceder al del pasado. La historia es enunciación del presente pues ¿quién hace historia, sino para comprender su ahora? De esta manera, la historiografía es una ciencia ficción: une lo real con el discurso y finge por completo el lugar del otro. Por ello, para De Certeau, la figura del vagabundo es el símbolo por excelencia de la historiografía: “El pordiosero, etnólogo en potencia, se inventa mundos a los que nunca entrará. Lo que resucita no es más que un sueño. En un inicio, el historiador hace lo mismo con los restos que recaba en los archivos o docu-

⁴ Ankersmit es otro autor que se ubica dentro de la discusión sobre la narratividad histórica. Hay que decir que existe una suerte de discusión entre White, Gumbrecht, Ankersmit, Rik Peters y Eelco Runia sobre las repercusiones políticas de las propuestas actuales. Se les ha llamado, últimamente, como la postura *ontológica realista o constructivista*.

mentos; reconstruye un mundo que nunca conocerá” (De Certeau, 2002, p. 102). Entonces la historiografía se convierte en una heterología, un discurso que intenta escudriñar al otro y para ello se necesita que el sujeto se desdoble en el lugar del ausente.

Esta observación se debe mucho al trabajo de Michel Foucault. El propio De Certeau lo ha evidenciado en un artículo titulado “El sol negro del lenguaje: Michel Foucault” (De Certeau, 2002). El agenciamiento de De Certeau sobre Foucault estriba en que el lenguaje del otro, antropológicamente hablando, nos es negado. Sin embargo, Foucault habla de que cada época produce su episteme y la moderna es una época en la que la palabra está separada de la cosa, es decir, es una episteme diferencial. Al parecer, en términos foucaultianos, una episteme no tiene acceso a la experiencia de otra episteme por la autoconciencia moderna del lenguaje. Esta misma observación también es hecha por W. O. Quine cuando no es posible una traducción radical de cualquier lengua ajena empíricamente como en el ejemplo del Gavagai y el lingüista (Quine, 1968) o cuando Thomas S. Kuhn comprende que Aristóteles existía en un paradigma distinto y sus observaciones científicas son distintas porque pertenece a un horizonte distinto (Kuhn, 2004).

Pero la teoría que más nos acerca a Gumbrecht es la hermenéutica. Y hay que pensar sobre todo en aquella del siglo XIX que, en conjunto con el romanticismo y el idealismo alemán, pondera el distanciamiento con respecto del pasado que la termina configurando como una suerte de teoría histórica. Hans-Georg Gadamer decía que la hermenéutica construye cierta historicidad entendida como la necesidad de comprender al otro, pero desde cierta renuncia alienada:

El verdadero problema de la comprensión aparece cuando el esfuerzo por comprender un contenido se plantea en la pregunta reflexiva de cómo ha llegado el otro a su opinión. Pues es evidente en el planteamiento cómo éste anuncia una forma de alienidad muy distinta y significa en último extremo la renuncia a un sentido compartido (Gadamer, 2007, p. 233).

Paul Ricœur señala que la hermenéutica opera fundamentalmente con el distanciamiento. Para Gadamer hay un concepto llamado *Verfremdung* —que significa ‘distanciamiento alienante’— que ve peyorativamente, pero que, en términos de Ricœur, es necesario para lograr la comprensión porque debido a nuestro contacto con el mundo del texto se logra la actualización del lenguaje a través del autor mismo. De ahí que el deseo de Gadamer sea la “fusión de horizontes” que, no obstante, solo es posible gracias a la aceptación de un distanciamiento (Ricœur, 2001, p. 110).

Con esto esbozado, puede afirmarse que, para la teoría de la historia del siglo xx, la modernidad no logra acceder de manera directa al pasado si no es por medio de la interpretación, la imaginación o la narración, y el reconocimiento irremediable de una ausencia.

Dispositivo, descripción y presencia

Gumbrecht transita en una suerte de malestar historiográfico que responde al diagnóstico sobre la ausencia de la historia. Su propuesta historiográfica —si se le puede reconocer como tal— se sitúa en los límites de la hermenéutica y en la posibilidad de eliminar lo narrativo al buscar los gestos de materialidad y la manera de experimentar directamente el pasado. En cierto sentido, esto significa un desplazamiento de las categorías epistemológicas de la historiografía tradicional hacia un sentido más ontológico de la escritura histórica.

Se ha construido un contexto basado en el mundo estructural y hermenéutico, pero el diagnóstico de Gumbrecht se establece desde la filología alemana y ontológica. Más que ausencia, él se refiere a *pérdida de mundo*. Así, la crítica de Gumbrecht se concentra en la metafísica moderna que se manifiesta en la primera modernidad (el Renacimiento). Durante este periodo se establece la dicotomía clásica entre materia y objeto que fundamenta el paradigma de sujeto-objeto. Para Gumbrecht existen dos ejes: uno horizontal que supone al sujeto como observador; el otro, vertical, que representa el acto de interpretación del mundo. A esta visión del mundo le llama *campo hermenéutico* (Gumbrecht, 2005, p. 91).

En el paso de la Edad Media hacia la Modernidad temprana existe un cambio radical en la relación entre la humanidad y el mundo, que implica una pérdida de espacio. De este modo se postula la prioridad del tiempo sobre cualquier referencia física (Gumbrecht, 2005, p. 37). Esto es lo que supuestamente propone el cartesianismo en el que se basa la epistemología occidental y que desplaza la experiencia por el *cogito*. Pero, sobre todo, es la Ilustración y con Kant, que el paradigma metafísico se consolida “desplazando a lo sensorial por lo epistemológico” (Gumbrecht, 2005, p. 49). Hasta el siglo xix puede empezar a verse un resquebrajamiento aporético de esta situación: “El nuevo papel de observador que daría forma a la epistemología del siglo xix fue un observador condenado a sí mismo en el acto de observación” (Gumbrecht, 2005, p. 51). Resultado de ello fueron las filosofías de Marx, Freud y Nietzsche que intentaron superar la propia metafísica.

Como muchos autores contemporáneos, Gumbrecht tiene una gran deuda con la filosofía de Martin Heidegger. Su filosofía le permite pasar de la epistemología a la ontología; es el paso del sujeto-objeto al estar-en-el-mundo,

que reafirma la substancialidad del cuerpo y las dimensiones espaciales de la existencia humana que llevan al desocultamiento del ser. Niklas Luhmann es otra gran influencia para Gumbrecht, sobre todo su teoría de observación de segundo orden y la teoría de sistemas (cfr. Gumbrecht, 2005, p. 24).

¿Cuál es el núcleo de la propuesta de Gumbrecht? Su obra es extensa, pero yo me concentraré en dos de sus principales obras historiográficas: *En 1926: viviendo al borde del tiempo* (Gumbrecht, 2004) y *Producción de presencia: lo que el significado no transmite* (Gumbrecht, 2005). En su primera obra, la más histórica, Gumbrecht busca lo no-hermenéutico a través de la materialidad comunicativa que intenta implementar en la observación el cuerpo y la forma del discurso, es decir, hacerlo más “accesible” a través de elementos estéticos o sensibles. Con ello, se estaría obligado a la precisión absoluta por la “apariencia de la inmediatez” de las materialidades que escapan a la narrativa al recurrir a una descripción. Desde el título hay un gesto heideggeriano, ya que empieza con “En”, implicando el estar-en-los-mundos y la necesidad de estar inmerso, y el subtítulo “viviendo al borde del tiempo” se refiere a la observación propia de Gumbrecht sobre la manera en que se habita los límites del tiempo histórico.

La organización de “En 1926” intenta, sobre todo, escapar a la narrativa que implicaría, en primera instancia, una cronología. Por ello, el libro se divide en tres apartados no consecutivos: a) manual del usuario, que da “instrucciones” de cómo leer el libro, así como contexto y propósito; b) entradas que se dividen en dispositivos, códigos y códigos colapsados, que son realmente la propuesta de escritura histórica y el corpus del libro, repito, no lineal; y c) marcos, que son ensayos para entender mejor su propuesta teórica. Pensemos, sobre todo, en los dispositivos que responden a la necesidad de una reconstrucción estilística y se remiten a “objetos y actividades”, en donde “los cuerpos humanos entran en relaciones especiales y funcionales específicas con los mundos-de-la-cotidianidad en los que habitan” (Gumbrecht, 2004, p. 422).

¿Cuál es la propuesta teórica del dispositivo? En el corpus del libro hay una serie de dispositivos ordenados alfabéticamente cuyos motes son notorios: jazz, boxeo, relojes, corrida de toros, americanos en París, teléfonos, etc. Veamos que varios son objetos de aquella época, pero también situaciones o prácticas humanas. ¿Cómo operan estos dispositivos? Pensemos en uno de los dispositivos que Gumbrecht esboza, al cual denomina *jazz*, en cuyas primeras líneas se lee: “Durante la última conferencia de prensa que concedió Jack Dempsey en su campo de entrenamiento de Atlantic City, N. J., el miércoles 22 de septiembre, veinticuatro horas antes de su pelea por el título con Gene Tunney [véase boxeo], el campeón de peso pesado está deseoso de mostrar que tiene los modales de un caballero” (Gumbrecht, 2004, p. 15). Como vemos, está escrito de manera descriptiva, de manera que es una forma de alterar la interpretación y solo

enunciar dichos objetos o prácticas. Estos dispositivos se conectan a su vez con referencias exclusivas de 1926, como vimos en el ejemplo de jazz que vincula con boxeo, estableciendo cierta hipertextualidad con otros códigos y códigos colapsados. Un ejemplo de código es acción *vs* impotencia y un colapsado sería acción = impotencia (tragedia). La función de estos “códigos” es generar una estructura que otorga un cierto horizonte referencial a los dispositivos y que visibiliza las emociones y las referencias que surgen alrededor del dispositivo y las sensaciones de cuando colapsan o caen en contradicción. Estos tres —dispositivos, códigos y códigos colapsados— están implicados en lo que Gumbrecht llama *simultaneidad histórica*, que permite al menos dos cosas: la experimentación directa del mundo del pasado y la eliminación de la relación del sujeto con el objeto, que llega a producir distancia en el autor; todo ello a través de un interés paradójico. En otras palabras, Gumbrecht intenta eliminar la ironía moderna que genera la narrativa a través de la implementación de una descripción simultánea que no permite distanciamiento con el mundo del texto y permite el acceso a los mundos del pasado. Habrá que notar que dicha teoría de lo simultáneo se da en un contexto de “presentismo”, que se revela contra la hermenéutica porque esta se basa en lo profundo, mientras que lo simultáneo se concentra en los efectos de superficie (Gumbrecht, 2004).

Es muy llamativo el término *dispositivo*. Gumbrecht lo usó en 1997 pensando en Foucault, pero abandonó su uso por parecerle conflictivo —ahora más bien se enfoca en la *Stimmungen* (tonalidad) y en la “latencia”—. Sin embargo, Gumbrecht no alcanzó a prever el éxito del enfoque sobre el problema de los dispositivos que existen ahora en la teoría crítica del siglo XXI y por tal razón no pueden dejarse de lado las implicaciones teóricas de los dispositivos.

¿No es acaso la escritura de Gumbrecht una señal de las implementaciones digitales de los dispositivos que están por llevarse a cabo? En este sentido, es un caso de escritura predigital, considerando el año en que apareció. Nosotros leemos el internet de manera simultánea, surfando por el hiperespacio, vinculando hipertextos e hipotextos. Desde luego, habrá que tomar distancia con las nociones de simulacros e hipertrofias egotísticas donde la visualidad gana terreno sobre el texto.

¿Qué es lo que ve Gumbrecht en Heidegger? Las dos obras ya mencionadas están enfocadas en los conceptos de ser-en-el-mundo y la analítica del *Dasein* que podemos ver claramente en *Ser y tiempo* (Heidegger, 2012). La expropiación de Gumbrecht del *Dasein* se enfoca en la creación temporal propia que se emancipa de la temporalidad metafísica tradicional de la historiografía. Además, el *Dasein* es capaz de restituir la condición originaria en donde la autorreferencia humana estaría de nuevo en sintonía con las cosas del mundo. De ahí que los conceptos heideggerianos de *Vorhande* (ante la mano) y *Zuhande* (a-la-

mano) son concreciones del mundo que propician el *Dasein*. Así, una relación historiográfica sería: “El análisis de la historicidad del *Dasein* intenta mostrar que este ente no es tempóreo porque esté dentro de la historia, sino por el contrario, sólo existe y puede existir históricamente porque es tempóreo en el fondo de su ser” (Gumbrecht, 2005, p. 15). Heidegger intenta pensar una nueva historicidad y para ello tiene que trastocarse la noción convencional y rígida del tiempo. Es por ello que el pasado es destino y se traduce en la herencia que viene del pueblo. Así, el futuro no es nada más que la experiencia individual de la nihilidad del *Dasein*, es decir, un refundarse y una destrucción del estatuto de la metafísica tradicional.

El concepto de *producción de presencia* fue con el que nombró teóricamente a las materialidades de la comunicación y a lo no-hermenéutico que buscaba desde hace tiempo. Fue hallado en un seminario en Brasil, a raíz de la observación de un alumno. *Presencia* designa lo que está delante de nosotros y lo que es tangible y alcanzable desde nuestros cuerpos. Cabe señalar la afición de Gumbrecht hacia los deportes, a partir de los que pueden mencionarse dos ejemplos clarísimos de presencia: uno es aquel que señala que no hay más belleza que los brazos firmes de un mariscal de campo recibiendo un pase y, segundo, la estocada que da el torero al momento de penetrar con su espada al toro. Gumbrecht también menciona las recientes formas de cine histórico que cuidan detalles tales como *Titanic*. Es a partir de estos ejemplos que podría designarse la propuesta de Gumbrecht como una *producción de presencia* y que busca lo espacial y lo concreto.

Gumbrecht y el futuro de la historiografía

Uno de los puntos discursivos del “Manual del usuario” de *En 1926* lleva un rótulo titulado: “Lo que está en juego”. En esas líneas, Gumbrecht señala los riesgos de su postura ontológica: “La posición académica del autor, su situación financiera y el peligro de que el lector interprete el año de 1926” (Gumbrecht, 2004, p. 15). Hay que recordar que *En 1926* no es más que un experimento. Sin embargo, es posible ver al menos tres temas que podrían establecerse en la historiografía actual: el tema del cuerpo, el del espacio y el del fin de la metafísica. Tanto cuerpo como espacio son necesidades actuales de las humanidades; se les tacha de ser propuestas posmetafísicas o posmodernas, pero ello no significa que sus reclamos al viejo orden no sean legítimos y dignos de examen. Las nuevas humanidades verán el asunto de género con mayor profundidad, y el asunto del cuerpo y sus capacidades será el eje central de la teoría, así como las emociones y las expresiones que se construyen acerca de ellas. Creo que un fuerte riesgo es convertirlas en simulacros o en dispositivos, pero el futuro

parece pertenecerles a las experiencias más que a las abstracciones. Quizá, el asunto es buscar, como siempre, el balance entre ambas posturas.

Eso quiere decir que la historiografía, como señala Gumbrecht siguiendo a Koselleck, está en un después de aprender de la historia: “Ya nadie se apoya del pasado para resolver situaciones prácticas [...] Sería posible que aprender y utilizar fuesen justo las palabras equivocadas” (Gumbrecht, 2004, p. 387). Señala, además, que las sociedades contemporáneas, a pesar de su necesidad de predecir el futuro, marcada por la economía y la política, están siendo llevadas a la necesidad del cálculo del riesgo, el cual toma en cuenta lo impredecible del futuro.

La escritura cambiará debido al nuevo soporte que se está desarrollando. Gumbrecht es precisamente la antesala de lo que nos espera. Postulo, siguiendo a Gumbrecht, que la escritura digital libera al historiador del autoritarismo y del disciplinamiento de la escritura académica. Los contenidos digitales y visuales —como los videos de Youtube, Facebook, *podcasts*, *blogs* y otras redes sociales dedicadas a las humanidades— están creciendo, y muchas sobrepasan a la academia misma, aunque no dejan de ser ancilares a ella o contributivas. De hecho, en la actualidad hay una línea de humanidades digitales que regresan un poco a lo cuantitativo, y establecen tópicos y mapeos digitales. Gumbrecht había señalado en *En 1926* que este deseo tecnológico está llevado por un deseo de omnipresencia (Gumbrecht, 2004, p. 405). La sociedad actual convierte a la historiografía en reproductora de experiencias del pasado por medio de los artefactos digitales, por lo que se padece de otro tipo de nostalgia. Esto, hay que decir, no nos sitúa en una época posmoderna, sino, en todo caso, en una época hipermodernizada, donde el objetivo ahora no es buscar la metafísica oculta del sentido, sino una comprensión del acontecimiento en cuestión y, desde luego, un alto deseo de materialidad y de realidad.

Para concluir, si se me permite la analogía *pop*, me gustaría ver, en lo personal, lo siguiente en Gumbrecht: si la escritura de la historia está condenada al simulacro y al holograma por las venideras oleadas digitales, parece legítimo buscar lo real a través de lo material (historia cultural, conceptual, producción de presencia, el cuerpo y el espacio). En estos días, la idea que retoma el *remake* de la película *Blade Runner* sobre la necesidad de ser real es muy relevante para nuestra reflexión. Aquellos replicantes, desde la primera película, buscan lo real como pinochos buscando a su creador para ser reales. Ya decía el replicante Roy Batty: “*All those moments will be lost, like tears in the rain*”. Si bien son seres artificiales o seres de ficción, su propósito es convertir la representación en real. Y es cierto, la escritura es ficción —siempre lo ha sido y más cuando se separa de lo sagrado—, pero igual que esos replicantes de *Blade Runner*, nosotros, hijos del simulacro, buscaremos o fabricaremos lo real, porque esa es

nuestra misión para el siglo XXI. Gumbrecht es la reacción a la posmodernidad que busca lo real, harta de la interpretación, del relativismo, del simulacro que, ante la caída del metarrelato, buscará expresarse de manera real, aunque sea fabricando pequeños momentos inducidos de materialidad o emoción, tal como desean aquellos replicantes.

Referencias

- Ankersmit, F. R. (2004). *Historia y topología*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Barthes, R. (2009). *El susurro del lenguaje: Más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona, España: Paidós.
- Braudel, F. (2002). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Certeau, M. de (2002). *Historia y psicoanálisis*. Ciudad de México, México: Universidad Iberoamericana.
- Danto, A. (1965). *Analytical philosophy of history*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Dosse, F. (2004). *Historia del estructuralismo*. Madrid, España: Akal.
- Duby, G. (1988). *El domingo de Bouvines*. Madrid, España: Alianza.
- Gadamer, G. (2007). *Verdad y método*. Salamanca, España: Ediciones Sígueme.
- Gumbrecht, H. U. (2004). *En 1926: viviendo al borde del tiempo*. Ciudad de México, México: Universidad Iberoamericana.
- Gumbrecht, H. U. (2005). *Producción de presencia. Lo que el significado no puede transmitir*. Ciudad de México, México: Universidad Iberoamericana.
- Gumbrecht, H. U. (2007). De la hermenéutica edípica a la filosofía de la presencia. Fantasía autobiográfica. *Fractal*. 12 (47), 15-40.
- Heidegger, M. (2012). *Ser y tiempo*. Madrid, España: Trotta.
- Hempel, C. G. (1942). The function of general laws in history. *The Journal of Philosophy*, 39, 35-48.
- Jakobson R. y Lévi-Strauss C. (1970). Los gatos de Charles Baudelaire. En J. Szabón (Ed.), *Estructuralismo y literatura*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Foucault, M. (1984). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Ciudad de México, México: Alianza Editorial.
- Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Le Goff, J., y Nora, P. (1985). *Hacer la historia*. Barcelona, España: Laia.

- Mink, L. O., Fay, B., Golob, E. O., y Vann, R. T. (1987). *Historical understanding*. Ithaca, Estados Unidos: Cornell University Press.
- Quine, W. (1968). *Palabra y objeto*. Barcelona, España: Labor.
- Ricœur P. (2001). *Del texto a la acción*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Ricœur P. (2004). *Tiempo y narración*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Vergara, A. L. (2005). Discusiones contemporáneas en torno al carácter narrativo del discurso histórico. *Historia y Grafía*, (24), 19-54.
- Veyne, P. (1971). *Cómo se escribe la historia: Foucault revoluciona la historia*. Madrid, España: Alianza.
- White, H. (1985). *Metahistory: the historical imagination in nineteenth-century Europe*. Baltimore, Estados Unidos: Johns Hopkins University Press.